

Nostalgia



La Semana de Pascua suele ser una de las más especiales, sino de las más difíciles para los cucuruchos. La nostalgia nos envuelve. Con la frase, seguramente equivocada en su interpretación confesional, pero muy cierta en su parte humana, acerca de que todo terminó, es una expresión que se escucha desde el Sábado Santo.

Guardar turnos, archivar programas y trifoliales, dar o llevar a lavar la túnica, quitar del saco los aromas a incienso o el recuerdo de la lluvia que nos bendijo en la noche del Viernes Santo es un rito tan ceremonioso, como lento y especial. Más de algún amigo, yo mismo, caemos en la tentación de escuchar marchas, “sólo para ambientar, pues se que no se pueden escuchar en estos días”.

En fin. La esposa de un buen amigo cucurucho dice que no nos entiende, pues pasamos añorando todo el año una situación que es efímera y por lo tanto lamentamos su paso cuando ni siquiera ha iniciado su desfile. Es que para el verdadero cucurucho, la Cuaresma y Semana Santa se convierte en el evangelio del domingo de la Transfiguración, cual San Pedro nos sentimos tan bien, que nos quisiésemos quedar allí para siempre.

Olvidamos nuestro entorno. Nuestros trabajos, los ambientes por donde pasamos, los amigos, las actividades cotidianas, incluso familia y responsabilidades. Es “nuestro” momento. Andar en filas, llevar lanza o estandarte, caminar cerca de los músicos o la par de Jesús, ver alfombras, son experiencias únicas, irrepetibles y a las que difícilmente vamos a renunciar.

Pero la vida pasa. Y aunque soy de los nostálgicos por lo efímero de ésta semana, quiero entender que parte de lo mágico del momento es precisamente lo corto y directo de las sensaciones.

Ahora viene lo bueno, pues ahora es cuando como ocurrió con San Pedro en aquella transfiguración, debemos de bajar de la nube en la que estuvimos estos días y retomamos todas y cada una de las cosas que dejamos en estos días. Están iguales: el trabajo nos recibió con todo lo que dejamos pendiente, la familia tiene los mismos problemas, las penurias económicas están a la vuelta de la esquina, en fin todo sigue igual.

Y es ahí, donde poco a poco dejamos de lado la nostalgia. Ya habrá momento en algún viernes del año, o por allá por noviembre, para darnos una escapadita y escuchar marchas o platicar con los compañeros de filas.

Hoy es tiempo de retomar nuestro papel activo dentro de la Iglesia. Demostrar que somos hijos de un Dios Vivo, de un Cristo Vencedor de la Muerte y del Pecado. Orgullosos hijos de un Dios que nos ama tanto que envió a su único hijo por nosotros. Esa primicia, esa noticia la debemos regar por todo el mundo, que quienes no se enteraron por estar en las playas o de viaje lo sepan, para que quienes día a día viven sin creer necesitar de los valores y de un Dios, le hagan un espacio en su vida.

Estaremos nostálgicos, tristes, pero como los primeros apóstoles debemos dejar de lado

la tristeza y pregonar la alegría de la Resurrección, sino algo aun no está completo.